

Primavera de 2014

1.- Agustín Nieto, parado de la construcción

Cuando yo conocí a Elicio, ya tenía la moto. Era una vieja Bultaco de 125 centímetros cúbicos, de segunda mano, pero que parecía recién salida de la fábrica, de limpia que la tenía.

¡Quién iba a decir por entonces que llegaría a ser lo que es hoy! Un hombre de éxito y de prestigio. Un eficiente policía, con su reluciente uniforme y el expediente tan brillante. Lo peor... Su novia. Bueno, novia, mujer o lo que sea, que aunque vivan juntos bien sé que no están casados. Primitiva se llama, la Primi le decimos. Hace unos ocho años que empezó a vivir con ella, y son algo parientes, como primos segundos o así.

La Primi es una lagarta, de las venenosas, si es que hay lagartas venenosas, que si no las hubiera de antes, la Primi sería la primera lagarta venenosa de la Historia. Hace ocho años, cuando Elicio aprobó la oposición a policía local, ella se vino del pueblo y se instaló en su casa.

—Primi, hija —le dijo su madre, que me lo contó el mismo Elicio— tu primo tiene un porvenir de la leche, vete a verlo, te quedas con él y cuando puedas te casas.

Y, zas, en su casa se presentó.

Él, el muy bobo, no supo echarla. «Me ha dicho que se queda, y yo ¿qué le voy a hacer?» En el fondo, a pesar de su éxito profesional, Elicio no es muy listo, pero ¿qué es la inteligencia? Algo sobrevalorado, sin lugar a dudas, y no somos más felices los que estamos sobrados que los que carecen de ella, como el pobre de Elicio. Tuvo que tragarse a su prima en casa y ya llevan ocho años. Ocho, no sé si lo había dicho antes. Y encima parecen felices. Claro que Elicio no tiene voluntad alguna y si su prima le dice «Eli, sé feliz conmigo», pues él va y es feliz, aunque sea con ella.

A la semana de tener a su prima en casa va y me dice:

—Tío, no te lo puedes imaginar. Voy al salón y veo un sujetador en el sofá... Negro y de encaje, con sus formas redondeadas... Luego voy al baño y en la barra de la cortina de la ducha hay tendidas unas bragas... Tío, y uno no es de piedra, ya me comprendes...

¿Qué uno no es de piedra, dices, gilipollas? Pues ahora cómete a tu prima con patatas. Ocho años ya, el muy idiota.

Pero me estoy liando, no quería hablar de eso, sino de hace mucho más tiempo. Cuando Elicio tenía la moto era otra persona muy diferente, no siempre ha sido un triunfador, pero antes se llevaba a las chicas de calle, aunque no tuviera el uniforme que tiene ahora. Entonces rondaba los veinte años, hoy tiene ya treinta y nueve. Era alto, con la cabeza grande, como un buque. Bueno, igual, igual que es ahora. Aunque no era guapo, tampoco era listo. Igual, igual, que ahora. Pero triunfaba con las mujeres. Claro, él tenía una moto y los demás no.

Si no recuerdo mal, fue un verano de los últimos años de gobierno de Felipe González, con la fuga de Roldán y con Aznar dando la vara: «¡Váyase, señor González!». Al poco de mudarse a nuestro barrio, Elicio nos sorprendió llevando a la grupa de su Bultaco a una rubia impresionante, que vestía una falda minúscula. Fuimos incapaces de disimular y levantar la vista hacia sus bellos ojos, que me dijeron luego que eran verdes.

Era peluquera y se llamaba Yeni. Bueno, Yeni o Yénifer, que no sé cómo escribe, si con elle o con ye, que yo no tengo el Graduado, como sí lo tiene Elicio, el muy tonto, que se lo sacó en Educación de Adultos y gracias a él pudo presentarse a la oposición a policía local. Él tiene estudios y trabajo, y los listos, como yo mismo, no sabemos las raíces cuadradas, ni las redondas, y estamos en paro desde que se pinchó la burbuja del ladrillo.

Todos le decíamos: «Elicio, no seas bobo, deja las oposiciones y vente a la obra». Y no lo hizo... Como si ya supiera lo que iba a pasar.

Pero volvamos a los años noventa y a la peluquera. A la Yeni le gustaban las motos. Cuando Elicio salía del Centro de Adultos, recogía a la Yeni y venían los dos montados en la Bultaco al bar de Toni a fumar unos pitis y beber unas birras. Sí, entonces aún se podía fumar dentro de los bares... Y donde a uno le diera la gana, ¡qué coño!

Toda la cuadrilla esperábamos ansiosos a que llegaran Elicio y la Yeni montados en la moto. Ella atrás, de paquete, separando las piernas, lo que hacía que la falda se le subiera más. ¿Más? Sí, comprobamos que era posible.

Las piernas de la Yeni me tenían obsesionado, se ensanchaban torneadas por encima de las rodillas y, al acabarse, desaparecían bajo la pequeña falda cuando ya no eran piernas, imprimiendo en mi mente una fotografía que me quedaba grabada durante horas... ¡Ah!

Luego, por las tardes, en las que Elicio se quedaba estudiando, o eso decía él, la Yeni pasaba por su puerta y se llevaba la moto, para irse hasta la peluquería donde trabajaba. Pero, ya lo he dicho, a la Yeni le gustaban las

motos, y mucho, y antes de marcharse daba unas cuantas vueltas a la manzana para disfrutar del aire removiendo su rubia melena. Llevaba el casco enganchado en el brazo derecho y con la mano izquierda nos saludaba sonriendo a cada vuelta. Sin percatarse de cómo la moto la obligaba a separar las piernas... ¡Ah!

Yo fui el primero en disfrutar del espectáculo, pero pronto Toni, el del bar, Joaquín, Perico y Jose me hicieron compañía. Todos los días lo mismo, uno tras otro. Los cinco aplaudíamos a la Yeni y ella se animaba a dar una vuelta más.

Aquello duró varias semanas, pero alguien debió decírselo a Elicio. Yo creo que fue su madre, que un día pasó cuando estábamos aplaudiendo y le noté en el gesto que se había mosqueado.

Elicio vendió la Bultaco y se compró un Ibiza de segunda mano y así todo acabó de golpe. Incluso dejamos de ver a la Yeni por el barrio. Poco después supimos que ella rompió con él, al quedarse sin moto. Se lo tuvo bien merecido, pues desde entonces no volvió a tener novia hasta que se le metió su prima en casa.

Ha pasado tanto tiempo que ya no me acuerdo de la cara de la Yeni, aunque sigo soñando con sus piernas... Tan largas... Tan torneadas... Tan al aire... ¡Ah!